

XXX PREGÓN DEL ESTUDIANTE



Jaén, 26 de Marzo de 2022.

A mis padres, valedores de mi Fe y de mi compromiso cristiano.

A mi mujer, Manoli, y a mis hijos, Juan Carlos y Andrea, sustento de mi vida y el mejor regalo que jamás pude recibir.

A la comunidad de Santa Clara por su cariño, su consejo y sus oraciones.

A todos esos amigos que, además de pasar, se quedaron en mi vida.



Se empezó a escribir este Pregón el día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, patrona de España y de la orden franciscana, dogma establecido en 1854 por el Papa Pío IX, que declaraba que la Virgen María estuvo libre del pecado original desde el primer momento de su concepción por los méritos de su Hijo Jesucristo.



“Abre, Señor, mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza”
(Salmos 51:15)

Preámbulo

El aire de la ciudad comenzaba a llenarse con los aromas de la primavera; el sol iba ganándole poco a poco espacio a la noche y los grajos, que habitaban multitudinariamente en la Catedral, regresaban de su exilio invernal, retomando su concierto de graznidos cuando las tardes caían; las confiterías se llenaban de hornazos y magdalenas y las torrijas ocupaban en las casas el lugar dejado por esos mantecados de canela que venían en las cajas que se compraban para colaborar con el viaje de fin de curso del hijo, del vecino o del sobrino y que siempre quedaban en la bandeja al acabar la Navidad. -¡No veas si duraban! Yo creo que sólo metían uno de cada sabor y el resto, de canela, porque si no, no se explica que aquello no tuviera fin-.

Algunas mujeres, sobre todo las mayores, cambiaban su habitual indumentaria por un hábito morado penitencial, con el que se vestían durante la Cuaresma.

Los niños llenábamos las calles con el áspero sonido que hacían los palos al chocar con los tambores caseros que nos hacíamos con los envases de detergente Colón.

La Cuaresma había llegado y se contaban los días para el comienzo de la Semana Santa, aunque los cultos cuaresmales brillaban en general por su ausencia. Era una Semana Santa de pocas cofradías, de menos cofrades, de pocos nazarenos y de mucha rueda, con la excepción hecha de la devoción de Jaén, aquella que se transmite de padres a hijos y que cada Viernes Santo llenaba las calles de Jaén de sentimiento y saetas, de



enlutados penitentes y de cientos de promitentes que alumbraban su camino en cumplimiento de íntimas promesas, de anhelos personales que solo ellos conocían.

Pero aquel año no iba a ser igual. Aquel año iba a suceder algo que cambiaría para siempre las vivencias cofrades de aquel niño al que tanto gustaba disfrutar de la Semana Santa sin ser cofrade, a ese niño que volvía loco a su padre recorriendo las calles una y otra vez para poder ver las procesiones en distintos lugares, haciendo que desde ese instante solo soñara con el raso negro estudiantil por encima de todo lo demás. Ya no importaba nada más: aquel niño solo quería ser cofrade de los Estudiantes.

Ahora, en este momento, cuando ese sueño se ha hecho realidad, cuando mi caminar cofrade me ha traído hasta ocupar hoy este atril, me pongo de nuevo ante los pies del Santísimo Cristo de las Misericordias y de su Bendita Madre de las Lágrimas y les pido que me cojan de su mano para que ayuden a este humilde pregonero y sea capaz de realizar la nueva tarea encomendada.

Presentación

Hay una norma no escrita que dice que al pregonero se le deben permitir ciertas licencias sin que éstas puedan ser motivo de enfado o molestia por parte de los oyentes. Al comenzar a escribir este Pregón no sé si me tomaré muchas –creo que no-, pero sí me voy a tomar una primera y va a ser ahora mismo.

Queridísima Reverenda Madre Sor Elvira, abadesa del Real Monasterio de Santa Clara, querida Madre Sor Montserrat –después de tantos años siendo la abadesa, no me sale llamarte de otra manera que no sea Madre-. ¡Cuántos consejos! ¡Cuántas confidencias! ¡Cuánta ayuda y comprensión me habéis dado siempre! Mis queridísimas sor Auxiliadora, sor Regina, sor Antonia María, sor María de Jesús, sor Clara, sor Ana, sor Encarnación, sor Teresita, sor María José, sor Nazaret, sor Alicia, sor Silvia y sor Verónica, guardas y custodias de nuestro Santísimo Cristo de las Misericordias, pero sobre todo custodias de nuestras almas con vuestras oraciones y sacrificios. Mi primer saludo va dirigido a vosotras que, por primera vez, gracias a la generosidad y desvelo de Jesús Trigo y Eduardo García, vais a estar presentes en el



Pregón de nuestra cofradía estudiantil. Podría estar aquí tres días seguidos y no terminaría ni sería capaz de encontrar las palabras apropiadas para agradecer todo el cariño que me dais a mí y a mi familia, ni por supuesto, como he dicho anteriormente, por vuestras oraciones y vuestra intercesión. Hoy, aunque sé que lo hacéis siempre, os pido una última oración por este pregonero para que Dios me ayude en esta tarea y sepa estar a la altura de las circunstancias.

Mi siguiente saludo tendría que ser a nuestro capellán D. Juan Jesús Cañete Olmedo, pero sus labores pastorales le impiden asistir a este Pregón. Y aunque no puede estar presente hoy, sí va a leerlo porque así me lo pidió, y quisiera por ello saludarte especialmente y agradecerle todos esos consejos que tanto me han ayudado en mi caminar cofrade y, cómo no, agradecerle de manera muy especial la vinculación tan grande que has tenido con nuestra Cofradía desde tu llegada a la Parroquia de la Merced.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Ilustre y Franciscana Cofradía del Stmo. Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas, mi querido Andrés; antiguos Hermanos Mayores y miembros de anteriores juntas de gobierno de la Cofradía que hoy me acompañáis. Mi saludo también a vosotros, hermanos pregoneros que ocupasteis este estrado antes que yo.

Saludo también a los miembros y representaciones de otras Cofradías y Hermandades, especialmente a la cofradía hermana de la Virgen de la Cabeza de Jaén.

Como de pregonero a pregonero no hay “na”, quiero saludar de una manera especial a nuestro hermano Miguel Colmenero, que en unas semanas tendrá la dicha de pregonar a la Virgen del Rocío. Que ella te ilumine y te bendiga siempre. También saludo con desusada cordialidad al pregonero de la Semana Santa de Jaén, mi amigo Manuel Contreras, y aprovecho para desearte la mayor de las fortunas para ese esperado día.

Querida mamá, mis amados Manoli, Juan Carlos y Andrea, soportes de mi vida y razón de mi existencia. Gracias por aguantarme y por haber perdonado todo el tiempo que os he robado para dedicárselo a nuestra Hermandad. Permitidme también que



salude de manera especial a mi padre que, desde el balcón del cielo, está presente entre nosotros. ¡Cuánto te he echado de menos! Queridísima familia y amigos que habéis querido acompañarme en este día tan especial para mí. Gracias por haber sido y seguir siendo parte de mi vida.

Cofrades y amigos todos, PAZ Y BIEN.

No. No se me ha olvidado saludar a mi presentador. ¡Cómo se me va a olvidar! Mi querido Antonio, gracias por tus palabras y por el esfuerzo que sé que has hecho para ser el anunciante de mi pregón. Dicen que a quien Dios no le da hijos, le da sobrinos. En mi caso he sido bendecido con ambos dones y tengo la suerte de tener unos cuantos sobrinos, todos ellos muy buenos chicos y todos, como no puede ser de otra manera, cofrades estudiantiles. Pero tú fuiste el primero de ellos, por aquello de la edad, en entrar a formar parte de esta familia cofrade. Has sido y sigues siendo como un hijo para mí y sé que para ti, tanto tu tía como yo somos unos segundos padres. Hemos compartido muchas vivencias juntos y la Cofradía no ha sido una excepción. Desde muy pequeño has acompañado a nuestros sagrados titulares, haciendo todo el recorrido de la procesión con tu vela, sin querer salirte en ningún momento. Con los años cambiaste la vela por el costal y te convertiste en uno más de esa cuadrilla que tiene el privilegio de ser los pies de Nuestro Señor. Y aunque este año tan especial he intentado compartir trabajadera contigo, mi lamentable estado físico va a impedir que eso pueda suceder, pero no evitará que, cada uno en nuestro sitio, acompañemos juntos otro año más al Señor de las Misericordias. He tenido la dicha de que me aceptaras en tu vida, me has dejado ser tu consejero, de haberte llevado de la mano en tu caminar cofrade y personal y tengo el enorme orgullo de que aceptaras mi petición para estar hoy aquí conmigo, en este día tan importante para mí. Y como no, gracias también a Blanca, que sé que te ha ayudado a realizar esta presentación. No has podido tener mejor ojo y mayor suerte que conocerla. Que el Señor de las Misericordias y la Virgen de las Lágrimas os amparen y os protejan siempre. Muchas gracias.

El encargo

Mentiría si dijera que no esperaba que este día llegara. En mi condición de “vieja gloria” de la Cofradía, sabía



perfectamente que era carne de pregón, pero lo que no podía imaginar en ningún caso es que fuera a serlo en un año tan especial como este, en el que estamos celebrando el LXXV Aniversario fundacional de nuestra Hermandad. Por eso, cuando el pasado 15 de octubre recibí la llamada del Hermano Mayor, mi sorpresa y estupor fueron mayúsculos. Eran las ocho y media de la mañana cuando sonó el móvil y veo que se trataba de Andrés. Le cojo el teléfono pensando que me iba a encargar que comprara avituallamiento para celebrar, una vez que la pandemia había remitido en su gravedad, una comida en el patio de la Merced con motivo de la Feria de San Lucas. ¡Y nada más lejos de la realidad!

- Buenos días, ¿qué tal?
- Pues nada, que te llamo para decirte que la Junta de Gobierno, dada tu trayectoria en esta Hermandad, ha decidido nombrarte pregonero de la Cofradía del año 2022.

Me entró tal ataque de nervios que no sé cómo no se me cayó el teléfono de las manos. Cuando conseguí reponerme un poco, le dije que no, que no estaba –ni estoy- preparado y que no lo iba a hacer. Su respuesta, contundente:

- No te estoy preguntando, te estoy diciendo que eres el Pregonero. ¿Te acuerdas cuando tú me llamaste a mí? Pues igual, así que ya sabes.

Le digo que me deje al menos pensarlo unos días y su respuesta más contundente aún que la anterior.

- ¿Para qué? Si vas a decir que sí porque no tienes más opción.

Recordé entonces que, efectivamente, durante seis años había sido yo el que había realizado esa llamada, poniendo en el aprieto a todos mis interlocutores, y que el buen cofrade tiene que estar siempre dispuesto a lo que le mande su Hermandad, así que no podía negarme a la petición que mi Cofradía me hacía. Y acepté.

Cuando colgué, me puse más nervioso aún. Le escribí un whatsapp a mi mujer dándole la noticia pero, como había pasado un tiempo tan prudencial como unos veinte segundos y no lo leía, la llamé inmediatamente. Tal era mi ansiedad en ese momento.



Cuando terminé de hablar con ella, hice otra llamada muy importante también.

Conociéndolas como las conozco, sé que su alegría fue tan grande como la mía porque, como buenas madres que son, se alegran con las cosas buenas que les pasan a sus hijos. Y, aunque está feo que yo lo diga, a mí me quieren de una manera muy especial.

Gracias Andrés y a la Junta de Gobierno por vuestra designación, me hace muy feliz el ocupar hoy esta tribuna. Es para mí un honor y un orgullo ser la persona encargada de pregonar a los Estudiantes. Solo espero saber estar a la altura de tan grande responsabilidad, más aún habiendo tenido unos predecesores en esta tribuna de tan enorme calidad.

Y ahora comenzaba la tarea más difícil hasta hoy, que era escribirlo. Y digo hasta hoy porque, sin lugar a dudas, estoy en condiciones de asegurarles que es mucho más difícil leerlo. Si a eso unimos que mi experiencia narrativa se limita a varias colaboraciones en el Boletín de la Cofradía, los saludos realizados en el mismo en mi etapa como Hermano Mayor y algunos artículos en el Diario Jaén y en la web de Jaénenjuego sobre un tema tan prosaico y tan alejado del mundo cofrade como es el Real Jaén, y que mis dotes poéticas no pasan de realizar algunas rimas, consonantes eso sí, pero de difícil encaje en un pregón de una cofradía, la labor iba a ser ardua y complicada.

¿Qué decir? ¿Cómo decirlo? ¿De qué hablar? Unos me decían que contara mis anécdotas y mis vivencias –aunque en ese momento se me habían olvidado todas-, otras que contara anécdotas ajenas y otros, que fuera yo mismo.

Y así, como quien no quiere la cosa, pensando y repensando, intentado que a mi frágil memoria volvieran momentos del pasado, haciendo un ejercicio de recuperación de tantos instantes vividos, consecuencia directa de llevar casi una vida entera en esta casa, fueron pasando los días y los meses y ¡joye! que llegamos a diciembre y ni una sola palabra se había escrito. Y yo, que había estado haciendo la broma a quien me preguntaba de que iba a escribir este Pregón la noche de antes de pronunciarlo, me vi por un momento en esa situación. Así que, decidido a no



demorar más la tarea, me puse manos a la obra y aquí les traigo el fruto de ese trabajo.

Llegado a este punto les pido su comprensión para conmigo por si lo que van a oír no es de su agrado, pero sepan que lo que van a escuchar no es sino el sentimiento y la devoción de un cofrade, de un cristiano.

El sueño se hizo realidad.

Alguien como yo, enamorado de Jaén, de su cultura, de sus tradiciones, del Real Jaén, como no podía ser de otra manera, también era –y soy– un enamorado de su Semana Santa, aunque jamás la había vivido desde su interior. Pero los designios del Señor son inescrutables y a todos nos tiene escrito cuál va a ser el destino de nuestras vidas, por mucho que pensemos que eso o aquello nunca serán causa de nuestra ocupación.

Mi participación en la Semana Santa jaenera se limitaba a ver las procesiones varias veces y en distintos sitios, con el consiguiente mosqueo de mis padres por los dolores de pies producidos. En mi casa nadie era cofrade. Puntualizo: en mi casa, el único cofrade que había habido tiempo atrás, mucho antes de nosotros nacer incluso, había sido mi padre pero, por circunstancias que no vienen al caso, dejó de serlo, no queriendo además saber nada del movimiento cofrade. Eso sí, la devoción que profesaban mis padres a Nuestro Padre Jesús nos hacía, no solo visitarlo cada vez que pasábamos por la puerta de la Catedral, sino que en varias ocasiones mi padre participó como promitente en la procesión del Viernes Santo.

En mi casa había dos imágenes que no podían faltar, como en la mayoría de las casas de la gente de mi generación: una imagen del Sagrado Corazón de Jesús presidiendo el salón y un cuadro de Nuestro Padre Jesús. Con estos antecedentes era normal que los niños, como casi todos los jaeneros, fuéramos también devotos de esa bendita imagen.

Pero como decía, lo que no me negaba mi padre nunca era llevarme a ver todas las procesiones y en distintos sitios. Y así ocurrió que una tarde de Lunes Santo, cuando la imagen del Cristo comenzaba a embocar la calle Correa Weglison, hoy Rastro, fijó su



mirada en mí igual que yo la fijé en Él. Perdonen la inmodestia al hacer esta afirmación tan severa, pero es que yo lo sentí así y estoy seguro que ustedes también habrán podido sentir algo parecido al contemplar la dulce cara de Nuestro Señor.

Desde ese día yo ya no quería otra cosa que ser cofrade de los Estudiantes y costalero del Señor. Pero claro, siempre tenía la misma respuesta de mi padre: ¡No! No había forma de convencerle y, por aquello de la educación recibida, muchísimo menos discutirle. Así que pacientemente esperé a que los años de la infancia fueran dando paso a los de la juventud y ahí, sí. Ni corto ni perezoso me presenté en la cochera que por aquel entonces servía como casa de Hermandad de la Cofradía dispuesto a ser costalero. Mi primer contacto no fue muy positivo que digamos. Puesto al habla con Toni Delgado, a la sazón fabricano del Señor, me dice que se queda con mis datos pero que seguramente no pueda salir porque los turnos, tres por aquel entonces, estaban completos. Después de tantos años de espera, lo primero que me llevaba era una decepción.

Pero no olviden que los milagros existen. ¡Vaya que existen! Y el Viernes de Dolores, al llegar a mi casa a la hora de comer, abro el buzón y me encuentro una carta de la Cofradía. ¿Quién iba a imaginar lo que había en su interior? Cuando abrí el sobre, el corazón se me salía del pecho, pues no era otra cosa que la papeleta de sitio para ser costalero del Cristo en el tercer turno del Lunes Santo.

Sí, no se extrañen: en aquella época todavía no había ensayos, ni igualás, ni siquiera uniformidad, por no hablar de otras cosas peores que gracias a Dios desaparecieron pronto. Pero a mí todo eso me daba igual. Por primera vez iba a poder llevar sobre mis hombros al Hombre que me había enamorado aquella noche del pasado y al que nunca jamás he podido olvidar.

Mi Cristo de las Misericordias.

¿Qué me hiciste Señor? ¿Qué me diste aquella tarde de Lunes Santo? ¿Por qué te fijaste en mí? Preguntas sin respuesta pero con consecuencia: el amor incondicional a mi Cristo de las Misericordias, a quien tengo presente desde que me levanto hasta que me acuesto, al que acudo en mis alegrías y en mis problemas,



con el convencimiento pleno, porque así es, de que escucha mis plegarias.

Y es que ¿cómo no enamorarse de esa mirada de ojos cerrados? ¿Cómo no embelesarse ante la paz y la tranquilidad que irradia desde la Cruz? ¿Cómo no alcanzar la paz interior si eso es precisamente lo que genera al contemplarlo? Acaba de morir por todos nosotros, ha entregado su vida por la redención de nuestros pecados, ha sufrido el peor de los tormentos, pero solo traslada paz. Y Misericordia.

¡Qué acertado estuvo el que así te llamó! Porque si alguien no sabe qué significa la palabra misericordia, solo tiene que pararse cinco minutos delante de la imagen del Señor. Esos cinco minutos que siempre nos faltan en esta sociedad de prisas, carreras y estrés; esos cinco minutos que nunca tenemos porque siempre hay cosas más importantes que hacer. ¡Qué equivocación más grande cometemos! Ninguna de las cosas que anteponemos al Señor, nos servirán en nuestra vida más que alcanzar su Misericordia. Y si tantas cosas nos ocupan, levantémonos cinco minutos antes y vayámonos a la cama cinco minutos después, pero hagámoslo dando gracias a Dios por todo lo que nos sucede cada día, lo bueno y lo malo, porque en eso consiste la vida. Y si no podemos ir a una iglesia y orar delante del Santísimo, o no podemos ir a verlo personalmente a su capilla, todos tenemos en nuestras casas la imagen de Nuestro Señor para poder hacerlo ante Él.

¡Y si acertado estuvo quién te nombró, sublime estuvo el que te talló! Benditas las manos que sujetaron la gubia que engendró tanta belleza. ¡Qué más da si fue Salvador de Cuéllar o Juan Bautista Vázquez o si fue el regalo que el capitán Diego de Palomino trajo de su vuelta de América! Entiéndaseme bien: históricamente es muy importante conocer quién es el autor de la talla, por supuesto, pero desde el punto de vista de nuestra devoción, no tiene la mayor relevancia. Y si, además, te pasa como a mí, querido hermano, que piensas que el misterio que producen las leyendas le da un aire especial a nuestro Cristo, más motivo para que el conocimiento de quién fue su autor sea más irrelevante. ¿O me van a decir que nunca han imaginado la verdadera razón por la que se le llama Cristo del Bambú? ¿Me van a decir que no les gusta ese sobrenombre? ¿O acaso no les parece bonita la historia



de que el Cristo hubiera podido venir de América, cosa poco probable por otra parte?

Cuando nos ponemos delante de Ti, Señor, ninguno nos acordamos de quien te hizo, pero si le damos gracias por haberte realizado. Eres el sustento de todos los que te veneramos y, a pesar de que con nuestros pecados y nuestras debilidades y ¿por qué no decirlo? con nuestro abandono, remarcamos los azotes de tu cuerpo, Tú siempre estás ahí para perdonarnos, para enseñarnos que tu muerte no fue en balde y que tu cruz y tu muerte son el camino de nuestra salvación.

Contemplando el rostro del Señor de las Misericordias se vienen por sí solas a nuestra mente muchas de las imágenes que el Evangelio nos narra:

“Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que vivan vida eterna”, nos dice el evangelista Juan. ¿Acaso hay prueba de amor más grande que el entregar a tu propio Hijo a una pasión y a una muerte como la que sufrió Jesús por nosotros? Pero el amor de Dios no queda ahí. Jesús, minutos antes de comenzar su Pasión, nos dejó un mandamiento: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Hagamos un ejercicio de abstracción y contemplemos por un momento en nuestra mente el rostro del Señor de las Misericordias. ¿Se puede amar más? ¿Se puede entregar más amor que el que tu rostro nos da, Señor?

Si seguimos contemplando su rostro, seguiremos comprendiendo la palabra del Señor. ¡Cristo de las Misericordias! Fijémonos en la serena belleza de su rostro. ¿Puede alguien mostrar más misericordia que aquel que, en el mismo momento de su muerte, pide el perdón para sus asesinos? “Padre mío, perdónales porque no saben lo que hacen”, dijo Jesús al ser crucificado en el Calvario mientras que los unos se burlaban de Él y los otros se repartían sus vestiduras. Sin embargo, Jesús solo piensa en su perdón. ¡Cristo de las Misericordias! ¿Fue o no fue un acierto el nombre?

Han pasado ya muchos años desde aquella tarde de primavera, pero cada día al contemplarte siento la misma emoción que aquella alma infantil sintió. Me has concedido, Señor, la gracia



de ser tu costalero y poder aligerar con mi esfuerzo la pesada carga de tu Cruz; me has concedido Señor la gracia de sentirte muy cerca de mí en esos traslados desde Santa Clara que tanto arraigo y devoción han adquirido; me has concedido Señor la gracia de vivir unos minutos en soledad contigo y poder así entablar ese diálogo íntimo y personal en el que te he contado mis anhelos y mis frustraciones, mis problemas y mis sinsabores, mis tristezas y mis alegrías, mis miedos y mis esperanzas. Y ahora te pido Señor que pueda seguir haciéndolo todos los días de mi vida, que no me aparte nunca de tu lado y que no me faltes nunca, ni a mí ni a mi familia.

Mi caminar cofrade.

Desde el momento en que entré a formar parte de la Cofradía, siempre he intentado colaborar en todo lo que se me ha requerido y siempre he intentado asistir a todos los cultos y actos que la Hermandad organiza. Y es que siempre he tenido claro que, cuando uno voluntariamente decide entrar a formar parte de una Hermandad, tiene que hacerlo bajo dos premisas fundamentales: obediencia y espíritu de servicio. No entiendo otra manera de hacerlo: si somos “co-grades”, es decir, unión de hermanos, todos tenemos que estar dispuestos a trabajar en beneficio de nuestra Hermandad, cada uno en la medida de nuestras posibilidades, sin anteponer a ello ni cargos ni prebenda alguna. Como dijo el sabio: “el que da lo que tiene, no está obligado a más”.

Por aquel entonces era aquella una Cofradía de pocos cofrades y muy humilde, pero todos los obstáculos se iban solventando con ganas y con mucha imaginación.

Como decía, siempre he intentado estar al servicio de la Cofradía y eso conllevó que, varios años después de mi ingreso en la misma, alguien se fijara en mí para entrar a formar parte de la Junta de Gobierno que por aquellos años presidía Paco Latorre. Tras reunirme con él en la Escuela de Arte y Oficios, que era la casa de hermandad oficiosa de la Cofradía, me propone entrar en la Junta como vicesecretario.



Después de esta reunión, me voy a mi casa y, retomando lo dicho al comienzo de este Pregón, le cuento a mi padre la propuesta que me habían hecho. Ya se pueden imaginar su respuesta: “ni se te ocurra meterte en una Junta de Gobierno”. ¿Qué hice yo? Hacerle caso omiso y entrar a formar parte de la Junta. Como ven, el pobre no podía hacer carrera conmigo en lo que a la Cofradía se refiere.

Mi inclusión en la Junta me permitió muchas cosas: hacer buenas amistades que todavía conservo, vivir de una manera distinta lo que significa ser cofrade y aprender mucho sobre la vida, la de cofrade y la propia de cada uno. Al final, son nuestras propias experiencias las que van forjando nuestra personalidad y las que nos enseñan a caminar. Y les puedo asegurar que las vivencias tenidas dentro de la Hermandad han sido fundamentales en mi vida: ha habido mucho trabajo, pero un trabajo lleno de alegría, de muchas risas y muchas bromas; también ha habido sinsabores ¡cómo no! y alguna discusión y algún roce, algo normal en las relaciones humanas, pero nada que no fuera superable en pocos minutos. En mi caso ha habido hasta “pruebas médicas” para ver cómo tenía el corazón, cuando nos empeñábamos en rizar el rizo en los montajes, hasta el punto de haberlos tenido que abandonar alguna vez para no llegar al infarto.

También me permitió participar activamente en los actos organizados con motivo del L Aniversario fundacional de la Cofradía. Fue, sin duda, un año como éste muy especial, lleno de experiencias que jamás hemos podido olvidar los que lo vivimos. ¡Quién me iba a decir a mí que veinticinco años después iba a estar yo aquí, hablándoles de todo esto!

Por aquellos tiempos, era requisito imprescindible que los miembros de la Junta de Gobierno ocuparan sus correspondientes puestos en la procesión. De esta manera, me vi forzado a dejar por una temporada la trabajadera y encargarme la realización de una túnica. Esa iba a ser la primera vez que me vestía con un hábito nazareno y, lógicamente, tampoco tenía caperuz. Así, y muchos de los que hoy nos acompañan se acordarán, dirigí mis pasos a la Sombrerería Cámara, ubicada en la calle Campanas, donde hacían caperuces a medida. Llego al establecimiento con la mejor de mis intenciones y el Sr. Cámara toma un metro para medir mi profusa cabeza. Cuando termina de



medir, me dice muy serio: “niño, a ti no quitan la almohada cuando duermes ¿eh?”. Las risas que produjo ese comentario a los habituales ocupantes del negocio, que pasaban sus mañanas ociosas allí, fue directamente proporcional a mis ganas de mandar más allá de Bailén a tan honorable señor. Eso sí, he de reconocer que el caperuz era de gran calidad puesto que, a pesar de sufrir el chaparrón del Lunes Santo del 96, lo pude seguir utilizando muchos años y algunos chaparrones más.

Tiempo después abandoné la Junta y volví a mi puesto de costalero, hasta que un buen día, el entonces Hermano Mayor, Martín Hermoso me llama para decirme que su secretario, Nin Jerez, se iba a trabajar a Sevilla y si podía hacerme cargo de la secretaría esa Cuaresma que era inminente. Acepté por echarle una mano y salir de ese atolladero, pero no veas si duró la Cuaresma de aquel año que acabé siendo el secretario hasta el final de su mandato.

Después, mis ocupaciones laborales y la grave enfermedad de mi padre, me impidieron trabajar tanto como me hubiera gustado, aunque siempre que podía, estaba a disposición para cualquier cosa que se necesitara. Y, por supuesto, volví a mi puesto de costalero hasta que decidí, porque así me lo decía mi cuerpo, que había que dar un paso al lado y volver a vestir la túnica negra de la Hermandad. Fueron años de cambio, de ensayos –a veces demasiados y largos-, de indumentaria y de disciplina debajo del paso, pero no hace falta decir, porque es de todos conocido, el resultado que ese trabajo produjo.

Y así pasaron los años hasta que Vicente Izquierdo me llamó para ser primero su secretario y luego su administrador, culminando esta trayectoria, sin todavía saber muy bien cómo ni por qué, con mi nombramiento como Hermano Mayor. Por desgracia, hace muchos años ya que mi padre falleció pero estoy convencido de que, a pesar de sus iniciales reticencias hacia el mundo cofrade, lejos de enfadarse, estará orgulloso no tanto por mi caminar cofrade, sino por mi afán en cumplir siempre con la mayor responsabilidad cada momento que me ha tocado vivir. Todos somos lo que aprendemos en nuestras casas, y en la mía nos enseñaron que cuando uno se compromete a algo, tiene que hacerlo al ciento por cien, que en la vida nadie regala nada y que



todo lo que se consigue es fruto del trabajo y del esfuerzo y que ambos factores son innegociables.

Obviamente, todos estos años iban ocurriendo cosas en mi vida y no todas relacionadas con la Hermandad, al menos directamente. Terminé mis estudios, encontré trabajo y, repitiendo lo que otras muchas personas habían hecho en la historia de nuestra Cofradía, le eché el ojo a una joven cofrade que acudía a la Hermandad junto con nuestra administradora actual, María José. De esta manera, y tras varios meses de reflexión profunda, la noche en la que Fran Gómez había tomado posesión como Hermano Mayor, año en que la Cruz de Mayo en el patio de la Merced se prolongó durante todo el mes, y donde acudimos después de dicho acto, me armé de valor y me decidí a echarle el currículum. No, no se rían. Es que eso fue exactamente lo que le dije: “Hola, vengo a echarte el currículum”. Mi sorpresa inicial es que lo aceptó sin dudar, pero mayor sorpresa fue cuando al tiempo me enteré de que mucho antes de eso, ella me había echado el ojo a mí. Ya decía yo que todo había resultado muy sencillo.

Desde entonces han pasado ya veinte años y aquí seguimos ambos, caminando juntos por la vida, con los avatares que esta produce, trabajando en nuestra Cofradía y educando a nuestros hijos en la devoción al Santísimo Cristo de las Misericordias y Nuestra Señora de las Lágrimas, bajo cuya protección están desde el momento de su nacimiento. Y aunque les he quitado mucho tiempo de estar con ellos por cumplir con mis obligaciones cofrades, sé que me lo han sabido perdonar porque conocen perfectamente que, como he dicho antes, la responsabilidad hay que afrontarla con todas las consecuencias. Lo contrario sí que no me lo hubieran perdonado.

Desconozco qué pasará en el futuro, pero sí les puedo asegurar que, mientras la salud me lo permita, seguiré trabajando dónde mi Hermandad me pida porque no sé entender la vida de hermandad de otra manera.

Mi Virgen de las Lágrimas.

Llegados a este punto, muchos estarán pensando que me he olvidado de la Virgen de las Lágrimas o que Ella no despierta en mí el mismo fervor que el Cristo. Pues no, ni lo uno ni lo otro.



Es cierto, como creo que ya ha quedado claro, que mi llegada a la Cofradía de los Estudiantes estuvo motivada por mi amor al Santísimo Cristo de las Misericordias, pero no es menos cierto que desde el primer día que cruce mi mirada con la de la Virgen, se estableció entre nosotros un vínculo perpetuo de devoción, de pasión y de fervor.

¿Cómo no enamorarse de esa mirada tan dulce? ¿Cómo no quedarse prendado de esa serena tristeza? ¡Qué destino tan maravilloso aquel que permitió que la condesa de Fuenrrubia cediera aquella dolorosa de su propiedad por una sola vez! –una Virgen preciosa, por cierto, como tuvimos ocasión de comprobar el 26 de enero de 2007 cuando se veneró con motivo del 60 aniversario de la primera salida procesional de la Virgen de las Lágrimas- ¡Y qué bendita hora aquella en que la cofradía del Calvario de Córdoba decidió renunciar a Ella como su titular! De Mayor Dolor y Esperanza a Lágrimas, de Madre cordobesa a jaenera de adopción. ¡Y bendita sea Araceli Chacón, protagonista involuntaria de nuestra historia, al servir de modelo al autor para realizar a nuestra bendita Titular!

Porque así la aceptaron sus hijos desde el día en que llegó a Jaén, despertando la devoción de todos los cofrades estudiantiles y de todos los barrios por los que ha pasado. Desde Santa Clara a San Roque, donde la bautizaron como Virgen de los Clavitos, hasta su llegada definitiva a nuestro barrio de la Merced, donde en 1982 se formó la primera cuadrilla del cuerpo de costaleros de la Santísima Virgen.

Estoy seguro que Juan Martínez Cerrillo no podía ni imaginar el bien que iba a hacer a esta joven e incipiente cofradía su mentira piadosa, cuando recibió el encargo de realizar una dolorosa para nuestra Hermandad.

Es la Virgen de las Lágrimas el reflejo inequívoco de su obediencia y sumisión a la voluntad de Dios. Desde el mismo momento en que el ángel le anunció que habría de concebir y dar a luz a un Hijo, al que pondría por nombre Jesús, la respuesta de María no dio lugar a ninguna duda: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.



Ella sabía perfectamente lo que para el resto de su vida significarían esas palabras. Esta declaración comprometía a la Virgen María a vivir su vida siguiendo a Jesús, viviendo su mensaje e intentando comprender sus actos, aunque no siempre lo consiguiera.

Seguir a Jesús, igual que ahora, hasta el mismo pie de su cruz, viendo como su Hijo, su único Hijo, moría para redimir a la Humanidad de sus pecados. ¡Virgen de las Lágrimas! Ahora, igual que entonces, vienes siguiendo a Jesús, llorando por Él, recordándonos con tu llanto que Jesús murió por nosotros y que sigue muriendo cada día que no cumplimos lo que Él nos mandó.

Son tus Lágrimas los siete Dolores que padeciste; son tus Lágrimas el reflejo de nuestros pecados; son tus Lágrimas el fruto de nuestra desidia; son tus Lágrimas las nuestras cuando, postrados a tus pies, te traemos nuestros problemas, desengaños e inquietudes, buscando que tu, Madre nuestra del cielo, nos ayudes a superarlos. Si desde niños aprendemos a buscar refugio en nuestras madres, ¡cuánto más no lo haremos contigo, que eres la Madre de Dios!

Dios te Salve, María
Lágrimas Bendita de Amor
Yo quisiera seguirte
Y consolarte en tu Dolor.

Santa María, Madre de Dios
Quisiera poder rondarte
Y con alegres sonos
Aliviar tu Corazón.

Virgen guapa de mi alma
Ven junto a mí
Porque sin Ti no se vivir.

Y tóname de tu mano
Y no me sueltes jamás,
Qué sólo así, Madre Mía
Podré la Gloria alcanzar.

Virgen Mía de las Lágrimas



Líbrame de todo mal
Y cuando llegue mi hora,
Acógeme en tu regazo
Y cúbreme con tu manto protector.

Santa Clara en la Cofradía.

Ha sido nuestra Cofradía en nuestra Historia una Cofradía errante. Fundada en San Bartolomé, pasó enseguida a tener su sede canónica en el Real Monasterio de Santa Clara, hasta que en 1980 se le concedió de manera definitiva su sede en la Parroquia de Nuestra Señora de la Merced. Entre tanto, salidas desde la Merced, Catedral, San Roque, vuelta a la Catedral y estancia larga en San Roque, desde 1966 hasta 1980, año en que salió desde allí para encerrarse en la Merced.

Y aunque hayamos encontrado acomodo definitivo en un barrio tan castizo como lo es el de la Merced, y tengamos una estabilidad y una relación magnífica con la Parroquia en todos estos años, ya fueran sus ocupantes los padres claretianos o los párrocos diocesanos que por ella han pasado, y a excepción hecha de paréntesis perfectamente olvidables, no es menos cierto que el vínculo que nos une al Real Monasterio de Santa Clara como cofrades de los Estudiantes es perpetuo.

Lo es por ser la “casa” de Nuestro Señor y por ser su comunidad sus custodias, pero lo es sobre todo por su sacrificio y amor para todos sus hermanos. Esa es su verdadera riqueza y valor. ¿Nos parece poco?

La oración de nuestras hermanas, su presencia silenciosa y orante ante el Santísimo, da vida a la Iglesia y es un consuelo constante a Cristo.

Con su vida de oración, de silencio, de recogimiento, de trabajo y penitencia, van adentrándose en el corazón de Dios y van haciendo de este mundo un mundo más de Dios. En palabras llanas podemos afirmar que son el mejor intermediario que podemos tener ante Dios.

Sólo hay que ver la norma de vida de la orden de las hermanas pobres de Santa Clara: “Guardar el Santo Evangelio de



Nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad”. Cuesta pensar que alguien pueda sacrificar toda su vida para encerrarse entre cuatro paredes y dedicarse a la oración y a la contemplación. Pero eso que para nosotros es un sacrificio, no lo es para ellas. Al revés: la decisión tomada de entrar a formar parte de su orden está llena de amor, a Dios y al prójimo, y de alegría. Cuando hablas con ellas es cuando comprendes que esto es así y que tienen una vida plena de felicidad.

Decía San Juan XXIII, el Papa Bueno, que “por cordón o por hermano, todo el mundo franciscano”. En nuestro caso, doblemente franciscanos. Por eso fue todo un acierto que, siendo Vicente Izquierdo Hermano Mayor, en el año 2008, se solicitara la utilización del título de Franciscana en nuestra nomenclatura, pero más acierto aún fue el comenzar a conocer, pertenecer y participar de la vida franciscana.

Es lo menos que podíamos hacer después de que, en toda nuestra Historia, la comunidad clarisa haya sido parte fundamental de nuestro caminar cofrade. Desde que el 18 de mayo de 1946 recibieran la primera visita de la Cofradía y aceptaran que la imagen del Cristo fuera la imagen titular de la Hermandad, pasando por la fijación de nuestra sede canónica en Santa Clara desde 1948, la bendición de la Virgen de las Lágrimas, la celebración del solemne Vía Crucis de Traslado del Santísimo Cristo hasta la Merced, que se viene celebrando desde 1981, la celebración del I Pregón del Estudiante en la Iglesia del Monasterio en 1992, ocupando la tribuna nuestro querido padre claretiano Antonio Garófano, hasta las veces que han recibido en su casa a la Virgen de las Lágrimas por diversos motivos, son muestras más que suficientes para afirmar sin miedo a equivocarnos que ellas son las primeras cofrades de los Estudiantes.

Pero sin duda, un día que nunca podremos olvidar ni ellas, ni la Cofradía, ni aquellos que lo pudimos vivir en primera persona, fue el día 4 de marzo de 2016 cuando, con motivo de la celebración del Año de la Misericordia, se concedió por parte del Obispado de Jaén la gracia de poder ganar la indulgencia jubilar en el Real Monasterio de Santa Clara, abandonando éstas por un minuto su clausura para cruzar el portón de la secular iglesia conventual, ganando así esa indulgencia. Fue algo realmente emocionante y digno de ser vivido.



Por eso, queridos hermanos y cofrades de los Estudiantes, desde aquí os pido que nunca abandonemos a nuestras monjas, que vivamos pendientes de sus necesidades, que seamos las manos que puedan ayudar a solventar sus problemas fuera de la clausura, en definitiva, que las tratemos como hermanas nuestras que son. Es lo mínimo que podemos hacer para devolver todo el amor, el cariño y, sobre todo, las oraciones que a todos nos profesan y dedican.

Ser cofrade en el siglo XXI.

No es esta una época fácil para ser cristiano. Vemos con estupor como en muchas partes del globo, sobre todo en el tercer mundo y en países muy radicalizados, ser cristiano es sinónimo de persecución, de cárcel y hasta de martirio.

Pero tampoco es fácil ser cristiano en occidente. En el mejor de los casos, vivimos en una sociedad relativista, negadora de la existencia de Dios y hasta convencida de que está por encima de Él. Eso sí, nos viene un virus diminuto y nos pone en nuestro sitio, recordándonos nuestra insignificancia más absoluta.

Y España no es ajena a ese ataque constante al cristianismo, que no a las religiones, basado en un falso laicismo que no es tal, sino la excusa con la que tapar sus verdaderas intenciones. Nos quieren encerrar en las sacristías con la vaga excusa de que la Fe es algo íntimo y personal de cada uno –como si, por ejemplo, la ideología política no fuera exactamente igual y esa bien que nos la meten con calzador-; atacan sin pudor a la escuela concertada católica, aduciendo una falsa igualdad social puesto que la inmensa mayoría de esos centros son gratuitos; y hasta se burlan y se mofan de nuestro Credo con exhibiciones desvergonzadas y de nulo gusto tanto en iglesias y templos como en festivales “folclóricos” en los que dicen defender la libertad y los derechos aunque, por lo visto, solo los de algunos.

Y es que, queridos amigos, lo que estamos viviendo no es sino un experimento social en el que unos cuantos poderosos quieren imponernos qué pensar, cómo hablar, cómo formarnos y hasta qué comer. Y claro, para conseguir su objetivo, la Iglesia



sobra. Sobre la Iglesia y sobran las raíces judeocristianas sobre la que se formó nuestro mundo.

Para ello, no dudan en tergiversar el lenguaje y denostar todo lo que les fastidie su plan. Se ataca a la familia tradicional, acusándola de institución rancia y demás letanías que me niego a reproducir pero que todos ustedes saben cuáles son, queriendo imponer como “lo normal” otras formas de convivencia, perfectamente respetables para quien así quiera vivir, que allá cada cual, pero que, en ningún caso, pueden suplantar a ésta. Califican como derechos al aborto y la eutanasia, modernas formas de genocidio inventadas por la maldad del ser humano, cuando con ellos se niega el mayor de los derechos que tiene un hombre: el derecho a la vida, con el agravante en el caso del aborto, de que, además, se pisotea el derecho del nasciturus desde el mismo momento de su concepción, y sin, por supuesto, poner en consideración a las madres, muchas de ellas desesperadas, de los riesgos físicos y mentales que tal decisión conlleva. Para ellos el fin justifica los medios.

Por eso hoy, desde esta tribuna, proclamo a voz en grito que creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Que creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre. Que creo que por nosotros fue crucificado, padeció y fue sepultado. Y que al tercer día resucitó.

Y añado que no hay mayor derecho que el derecho a la vida, y que no hay mayor satisfacción que el devolver a nuestros padres, cuando llegan a la ancianidad, los sacrificios y desvelos que ellos hicieron por nosotros.

Y aunque parezca una nimiedad, por mucho que quieran desvirtuar nuestras fiestas y tradiciones, en Navidad recordamos el Nacimiento de Nuestro Señor, aunque algunos quieran convertir ese momento en una verbena, haciendo cosas tan ridículas como encender alumbrados navideños en el mes de septiembre; que en Semana Santa celebramos la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús y que, en diciembre no hay puente de la Constitución que valga, sino el día de la Inmaculada Concepción.



Setenta y cinco años no son nada.

Han pasado setenta y cinco años ya desde que D. Pedro Gómez Quevedo y D. Antonio Marín García, tuvieran la feliz idea de fundar nuestra Cofradía de los Estudiantes. Es justo y obligado en primer lugar hacer un sentido homenaje a todas esas personas que han pasado por esta casa en todo este periodo, a los que han tenido responsabilidad en la gestión y al cofrade de número que vivía su devoción en el anonimato más absoluto, porque gracias a todos ellos, a su empeño y afán, hemos llegado hasta aquí.

No quiero dejar de agradecer también el cariño, las enseñanzas y todo el sentir que nos han ido trasladando a los jóvenes que íbamos llegando a nuestra Hermandad cofrades tan queridos como Luis Escalona, Pepe Lozano, Miguel Mesa, Francisco Espinosa y tantos y tantos otros que han sido un espejo donde mirarnos y una guía fundamental en nuestro aprendizaje cofrade.

Pero setenta y cinco años no son nada ni significan el final de ningún camino. Todo lo contrario: estos setenta y cinco años suponen el comienzo de la cuenta atrás hasta el Centenario. Por eso es nuestra obligación el hacer con los jóvenes de hoy, lo que antes hicieron con nosotros: darles importancia y responsabilidades y, sobre todo, trabajar en su formación cofrade y personal. Para mí ha sido un orgullo el poder trabajar con muchos de aquellos muchachos que empezaron en el incipiente Grupo Joven de la Hermandad. A todos ellos quiero agradecerles su compromiso, su trabajo y, sobre todo, su amistad y el cariño que siempre me han demostrado y que ellos saben que es mutuo. Y como no, a otros jóvenes también, que sin haber llegado a través del Grupo Joven, también han ido incorporándose a la Junta y aportando sus muchas ganas e ilusión. Vosotros sois el futuro de nuestra Hermandad y a vosotros os corresponde ir tomando el sitio que el inexorable paso del tiempo nos impone, a la vez que es tarea fundamental que sigáis trabajando en la formación de nuevos jóvenes, de esos pequeños que ahora con tanta ilusión forman el grupo infantil, para que el futuro de la Hermandad esté más que asegurado.

Ojo, con esto no estoy diciendo que los que ya tenemos una edad, cojamos nuestros bártulos y nos vayamos a nuestras



casas. Nada de eso. Todos tenemos la obligación de seguir trabajando por nuestra Cofradía, cada uno en lo que Dios disponga. Es nuestra obligación asistir a nuestros cultos y actos, es nuestra obligación seguir formándonos como cristianos y como cofrades, y es nuestra obligación vestir la túnica hasta que la salud, o mejor dicho, la falta de ella, nos lo impida.

Quizá si es bueno hacer balance del camino recorrido y ver la evolución que hemos tenido durante todos estos años. No se trata de enjuiciar si ahora estamos mejor o peor que en otros periodos de nuestra historia, sino de valorar y agradecer, como dije anteriormente, el desvelo de todos los que hemos pasado por aquí: unos consiguieron enseres, otros un paso nuevo, algunos consiguieron incrementar el patrimonio musical, otros el económico, y algunos hicieron auténticos milagros para conseguir que la Cofradía no desapareciera. A todos ellos gracias y felicidades por este cumpleaños tan especial para los Estudiantes.

Nos decía D. Pedro Gómez Quevedo en su Pregón, desde esta misma tribuna hace veinticinco años, que “adelante y audacia”. Yo hago más esas palabras y os animo a seguir andando nuestro caminar cristiano y cofrade con el mismo tesón que lo hemos venido haciendo desde el momento de nuestra fundación, para hacer de nuestra Cofradía un ejemplo de saber estar cofrade pero, sobre todo, de vida cristiana.

Conclusión.

Silencio. La hora se aproxima. La Cruz de Guía ya está bajo el dintel del portón de la Merced. Los hermanos de luz comienzan a formar la larga fila que iluminará el caminar del Señor por las calles de Jaén. Los costaleros, nerviosos y excitados, se abrazan los unos con los otros, deseándose suerte para el trabajo que van a realizar y esperando las órdenes de sus capataces para tomar cada uno su puesto debajo de los pasos.

Silencio, emoción, nervios, pasión y alguna lágrima furtiva se ocultan tras el caperuz, cuando comenzamos la oración previa a nuestro caminar y que es el inicio de esa segunda parte del Lunes Santo que habíamos iniciado por la mañana con la asistencia a la santa Misa.



Silencio. Este pregonero se calla ya y deja paso a los
acordes que empiezan a sonar por las naves mercedarias. Silencio.
Silencio.

Y ahora, déjame dormir, Señor
Que quiero, mientras me duermo
Volver a tener un sueño.

Déjame soñar, Señor
Déjame creer que el tiempo
No está pasando.
Y me ciño con mi faja
Y a la trabajadera vuelvo.

Déjame un rato más, Señor
No me despiertes presto.
Que quiero hacer como aquel Cirineo
Que tu madero cargó.
Y llevar sobre mis hombros
Al Hombre que nos redimió.

Déjame un rato más,
Que ahora entre oraciones
Vamos andando los cantones
Al solo paso del tambor.

Déjame Señor soñar
Déjame llevarme puesto
El aroma del misterio
Que es tu crucifixión.

Déjame un rato más,
Porque quiero ser costalero
De quién salvó a la Humanidad.

Y cuando por fin despierte, Señor,
Quiero gritar un instante
Que ante Ti hay un costalero.
Un cofrade de los Estudiantes.



He dicho.

Se terminó de escribir este Pregón el día 10 de febrero de 2022, festividad de Santa Escolástica, hermana de San Benito, considerado el iniciador de la vida monástica en Occidente y fundador de la orden de los benedictinos.



Todo el fruto de la venta de este Pregón será donado en su integridad al Real Monasterio de Santa Clara. Sé generoso en lo material como ellas lo son en lo espiritual.

